

## *La Movilidad Social y los Valores Sociales*

*Por Arnold M. ROSE.  
Profesor de Sociología de la Universidad  
de Minnesota, Estados Unidos de América.  
Colaboración especial para el Número  
Jubililar de la Revista Mexicana de Socio-  
logía. Versión del inglés por Oscar Uribe  
Villegas.*

Los sociólogos se enfrentan a un difícil dilema. Por una parte, comparten la preocupación general acerca de qué es lo que constituye la buena sociedad, y deben estudiar objetos sociales que incluyen a los valores sociales. Por otra parte, son muchos los que creen que los científicos no deben establecer normas valorativas, puesto que no están más calificados que otros ciudadanos para especificar valores y creen que aquellos pocos científicos más envalentonados que lo han hecho, han sido castigados, en ocasiones, por la sociedad. Talcott Parsons asienta esto último con entera franqueza,<sup>1</sup> y yo creo que mientras muchos otros sociólogos piensan en ello de un modo consciente, otros lo tienen en el trasfondo de sus mentes. De este modo, los sociólogos se retuercen entre el deseo y la necesidad de estudiar los valores sociales —lo cual implica una postulación de valores—, por una parte, y la creencia de que la ciencia debe ser libre valorativamente y no estar sujeta a presiones sociales, por otra. Ante este dilema, generalmente estudian objetos sociales cargados valorativamente, pero sin especificar los valores que hay en ellos. El resultado —afirmo por mi parte— consiste en que: 1. hay daño para su método, puesto que no se aclaran todos sus rasgos, y 2. en que hay daño para sus conclusiones, puesto que éstas están determinadas parcialmente por su premisa cripto-valorativa. Los sociólogos no pueden ser objetivos, a menos que indiquen cuáles son los valores sociales que se encuentran imbibitos en los objetos sociales que están estudiando.

<sup>1</sup> "The Position and Prospects of Sociology as a Professional Field", comunicación a la reunión de 1949 de Midwest Sociological Society. Madison, Wisconsin.

Debido a que trata con objetos sociales —uno de cuyos elementos ineludibles es alguna especie de valor social— el sociólogo no puede evitar el estudio de los valores sociales. Para estudiar un valor social en forma apropiada, éste debe ser especificado, y deben anotarse todas sus implicaciones. Esto es lo que el sociólogo trata de evitar, puesto que ello puede meterle en dificultades con la sociedad y hacerle parecer un periodista. De este modo, se enfrenta al siguiente dilema: se ve requerido, por su materia de estudio, para que examine los valores, pero, por otra parte, desea evitar su estudio, para evitar, con ello, consecuencias sociales indeseables. Como consecuencia de esto, se practica un entierro, consciente o inconsciente, de los valores, en la terminología y en la metodología. De tal modo, se implican valores, sin que se perciba esto. Esto es mucho más peligroso cuando es inconsciente (aun sin considerar el problema moral de la deshonestidad que resulta, implícitamente, de una segregación consciente de un elemento procesal) porque el sociólogo no se percata totalmente de lo que está haciendo, y percatarse de ello es un requerimiento fundamental de la ciencia que, de este modo, se viola.<sup>2</sup>

Ilustraré la dificultad analizando algunas investigaciones recientes sobre la movilidad social. Es difícil criticar a los propios colegas en asuntos que implican valores, especialmente cuando se cree que fueron completamente honestas sus intenciones. Por tanto, no multiplicaré los ejemplos, sino que me limitaré, en mi análisis, a un conjunto de estudios. Los estudios los elegí porque respondieron a normas muy altas de excelencia técnica y porque sus autores se cuentan entre los más reflexivos dentro de la confraternidad sociológica. Mi propósito consiste, únicamente, en señalar cómo, incluso estos excelentes estudios muestran que el esfuerzo para evitar la especificación de los valores sociales da como resultado una distorsión de las conclusiones. Intentaré demostrar que cierta especie de valores repta, penetrando en la investigación de un modo inevitable, y que el fracaso en cuanto a captar los valores sociales importantes, produce una ofuscación.

La movilidad social, es, básicamente, un concepto simple. Significa que se adquiere o pierde alguna característica o posesión socialmente valorada, de tal modo que la jerarquía que se tiene entre quienes nos son semejantes, cambia. Los valores sociales más importantes para la movilidad —hemos de coincidir con Max Weber— son: la posición económica

<sup>2</sup> Una discusión temprana de algunas consecuencias de esto puede encontrarse: 1. en un ensayo en el que colaboré con Gunnar Myrdal: Apéndice 2 de *An American Dilemma*. Harper. New York, 1944, y 2. en mi *Theory and Method in the Social Sciences*. University of Minnesota Press. Minneapolis, 1954. Capítulo sobre "Selection of Problems for Research".

(basada en la riqueza o en los ingresos y la ocupación o papel económico), la posición política (basada en el poder, y el honor (llamado algunas veces, “prestigio”, “estimación” o, incluso, “posición o *status*”). Algunos agregarían la educación, el logro personal, el trasfondo familiar, el estilo de vida, el consumo, el nivel de habilidad, la seguridad, la aceptación y la participación sociales, a pesar de que otros proclamarían que éstos meramente contribuyen o son resultantes de los tres valores básicos subrayados por Weber.

Los sociólogos tratan de evitar cualquier implicación valorativa en el uso del concepto de movilidad social.<sup>3</sup> En primer lugar, incluyen en la definición la posibilidad de una movilidad hacia abajo, así como de una movilidad hacia arriba. En realidad, su descripción fáctica ignora a menudo la movilidad hacia abajo y contiene, en realidad, también, la implicación de que la movilidad hacia arriba o ascendente es un bien social. En segundo término —como algo más importante— miden ordinariamente la movilidad en términos de un cambio “objetivo” en la posición, al pasar del padre al hijo (de la misma edad, si se ha de eliminar la influencia de las promociones que frecuentemente ocurren al aumentar la edad). El cambio específico en la posición que se estudia generalmente es el cambio ocupacional y éste se usa como índice de toda la movilidad. Son varias las características ocupacionales que usan diferentes estudiosos. Una de las más simples es la que establece una diferencia entre las ocupaciones manuales y las no manuales, y esta característica la usan muchos sociólogos. El enterramiento de una premisa valorativa en la medida de la movilidad, como el movimiento que se produce de una ocupación manual a una que no lo es, puede ilustrarse con el trabajo de Lipset y Bendiz, contenido en uno de los volúmenes más amplios y de mayor calidad académica que sobre movilidad se hayan publicado en Estados Unidos de América.

Por nuestra parte, sostenemos que esta definición y este procedimiento tan simples *no* eliminan las premisas valorativas implicadas necesariamente en el estudio de la movilidad social, y que quienes continúan ignorando las premisas valorativas se ven arrojados a un mar de perplejidades que confundirán a todos aquellos que lean sus estudios. Si los sociólogos que de un modo acrítico aceptan la postura valorativa de acuerdo con la cual la movilidad es buena, no rechazan explícitamente estas implicaciones, se verán constreñidos a aceptar ciertas representacio-

<sup>3</sup> Un resumen excelente así como una crítica técnica de la investigación estadounidense sobre la movilidad y la estratificación sociales se encuentra en Milton M. Gordon, *Social Class in American Sociology*. Duke University Press. Durham. North Carolina, 1958.

nes inadecuadas. La misma elección de los índices y de las categorías debe implicar valores, y si se fracasa en cuanto a discutirlos, se contribuye a la confusión.

Un desplazamiento ocupacional tiene muchas ventajas en cuanto índice de movilidad social —conforme han señalado Lipset y Bendiz—: es específico, y es relativamente fácil obtener información acerca del mismo. Obviamente, es un pre-requisito, o un resultado de una gran cantidad de cosas adicionales, implícitas en la movilidad social. Por ejemplo, si colocamos por rango las ocupaciones en términos de prestigio, les otorgamos prestigio a las personas que practican la ocupación. Asimismo, ciertas ocupaciones —de un modo muy notable, la dirección mercantil o la tenencia de un puesto público— dan poder a quienes las practican.

Más aún, en cuanto la ocupación es una parte del orden económico, una medida de movilidad en términos de ocupación, automáticamente les dará a las fuerzas económicas un valor primordial. Esto resulta evidente, en especial cuando se usan sólo unas pocas categorías ocupacionales. El número y la posición de las categorías ayuda a determinar la magnitud de la movilidad medida. Obviamente, conforme más categoría haya, y conforme estén “colocadas en forma más prominente” para el entrecruzamiento, habrá más movimiento entre ellas. De este modo, la mera elección en el número y en la colocación de las categorías, hace que los autores estén haciendo uso de un supuesto valorativo concierne al grado de movilidad que quieren poner de manifiesto. Los supuestos valorativos de Lipset y Bendiz consisten, por tanto, en que hay poca movilidad y en que la poca que hay se relaciona con el ritmo de la industrialización más que con —digamos— la flexibilidad de la estructura.

Si consideramos la movilidad únicamente en términos de las dos categorías amplias de “lo manual” y “lo no manual”, podemos medir la movilidad —como lo hacen Lipset y Bendiz— en cuanto cambio en la ocupación del padre al hijo, de lo manual a lo no manual, pero ¿qué la produce? Colin Clark, en su obra clásica *The Conditions of Economic Progress* (London, 1940) ha proporcionado la principal respuesta: conforme un sistema económico utiliza en forma creciente técnicas de producción más avanzadas, una proporción creciente de su población trabajadora se desplaza de las ocupaciones extractivas primarias y las ocupaciones manufactureras secundarias hacia las ocupaciones terciarias o de “servicio” En otras palabras, se desplaza, *de las ocupaciones manuales a las no manuales*. ¿qué sistema económico está teniendo ahora el mayor *incremento porcentual* de inversión de capital en una nueva tecnología productiva? Obviamente, el de los países que eran subdesarrollados y que

ahora tienen la *tasa* más rápida de mecanización: en particular, la Unión Soviética y China. Si se mide así la movilidad, es probable que resultará que estos países tienen mayor movilidad social. En realidad, si no hubiese habido algunos descubrimientos recientes en la automatización, y si no hubiese aún bolsones subdesarrollados dentro de Estados Unidos de América, dicho país mostraría prácticamente una movilidad social nula, medida en estos términos, en cuanto ya se encuentra, en su mayor parte, mecanizado y modernizado. Según la ley de Colin Clark, no es sorprendente —sino es de esperar— que Europa Occidental haya tenido por lo menos tanta movilidad de las ocupaciones manuales a las no manuales como Estados Unidos de América en la generación pasada, aún cuando se haya rezagado un poco respecto de Estados Unidos de América en cuanto a nivel de mecanización, y aún cuando tenga barreras posicionales un tanto más rígidas. De este modo, que los que usan la medida bicategorial de movilidad han intraconstruido una premisa de valor, según la cual Europa Occidental y Estados Unidos de América tienen una movilidad de igual magnitud, en tanto que Rusia y China la tienen mayor que ambas. Cualquier otra medida o índice conservaría una premisa valorativa distinta, que conduciría a conclusiones diferentes.

Hay otros grupos de factores que influyen en la tasa de movimiento de las ocupaciones manuales a las no manuales. Lipset y Bendiz las mencionan,<sup>4</sup> pero no señalan sus implicaciones valorativas. En primer término, existen factores que contribuyen a la desaparición de quienes están en las ocupaciones no manuales, al mantener constante la necesidad económica o “demanda” de los de las ocupaciones no manuales. El diferencial de clase en la tasa de nacimientos —o sea, la tendencia de la gente de clase superior a tener menos hijos que la gente de clase inferior—, que fue muy frecuente en la sociedad occidental hasta época muy reciente —creo constantemente nuevas aberturas en las ocupaciones más deseadas (no manuales). El sociólogo polaco Stanislaw Ossowski llama la atención hacia otro factor que ha creado —de un modo parecido— oportunidades de movilidad ascendente: “la muerte en masa, debida, por ejemplo, a la guerra, y especialmente a la guerra civil, o a la emigración masiva de ciertos sectores de la población”.<sup>5</sup> Puede perdonarse a Ossowski, un profesor de mentalidad independiente de la Universidad de Varsovia, el que mencione otro ejemplo típico: las purgas periódicas de quienes ocu-

<sup>4</sup> Seymour Martin Lipset and Reinhard Bendiz, *Social Mobility in Industrial Society*. University of California Press. Berkeley, 1959.

<sup>5</sup> “Social Mobility brought about by Social Revolutions”. Estudio de trabajo sometido a la Cuarta Conferencia de Trabajo sobre Estratificación y Movilidad Social de la Asociación Sociológica Internacional. Diciembre de 1957.

pan las posiciones más altas, por razones políticas. Este último factor ha contribuido también a darles a los países soviéticos (así como a Alemania bajo los nazis) una de entre las tasas más altas de movimiento de las ocupaciones inferiores a las superiores (o movilidad social). ¿Habrá que considerar que esta movilidad tiene el mismo valor que la movilidad que surge de la industrialización y de la flexibilidad de la estructura?

Otro factor demográfico de la movilidad social es la estructura por edades. Imaginémonos una sociedad en la que quienes puedan lograr las ocupaciones más deseadas deban tener, por lo menos, 40 años de edad, y en la que sea desproporcionadamente pequeño el número de personas ocupadas de más de 40 años. En tal sociedad, la oportunidad de movilidad social para cualquier individuo que llegue a la edad de cuarenta años es especialmente favorable, y el número de gentes incompetentes se eleva con el de las competentes. Una vez que éstas logran tales posiciones, las detentan bloqueando la movilidad ascendente de la siguiente cohorte de edad, que tiene una proporción normal o muy amplia de la población total. En estas circunstancias, la movilidad ascendente no es, en particular, la de los más capaces, ni es pareja, ni está asociada con la flexibilidad de la estructura social. Estas circunstancias —de falta de composición equilibrada por edades y de una tradición de movilidad ascendente primaria para quienes pertenecen a un cierto grupo de edad— son claramente características de ciertas porciones de la sociedad occidental de hoy.

La movilidad social se mide siempre en masa; sin embargo, son siempre los individuos los que se mueven. Es decir, que hay un proceso de selección social operante que ofrece las mejores posiciones ocupacionales a ciertas gentes y no a otras. Cada sociedad tiene sus propios criterios para la selección social; criterios que son cosa de tradición y de moda. Éstos, raramente especifican que sólo los más hábiles hayan de elevarse. Así, por ejemplo, David Riesman ha proclamado que en la sociedad estadounidense, es más probable que sea a las “personalidades altero-orientadas” a las que se les permita triunfar.<sup>6</sup> En alguna otra sociedad, los ganadores serán las personalidades viciosamente agresivas. En el grado en que tales bases de selección de los socialmente móviles sigan prevaleciendo, puede abrirse la interrogante de si la movilidad social es o no es “buena” Lipset y Bendiz demuestran que hay más oportunidades de movilidad social para quienes viven en grandes ciudades que para quienes viven en pequeñas poblaciones o en áreas rurales. Estados

<sup>6</sup>David Riesman, con Nathan Glazer and Reuel Denney, *The Lonely Crowd*. Yale University Press. New Haven, 1950.

Unidos de América, si se considera que tiene una proporción mayor de su población en las grandes ciudades ¿es mejor o peor que otros países?

Incluso este análisis —muy superficial— de los factores económicos, demográficos y culturales que operan en el desplazamiento de ocupación del padre al hijo podrían suscitar algunos problemas acerca de los valores implícitos. Un análisis similar podría hacerse con respecto a otros índices de movilidad social —como los constituidos por las disponibilidades de poder, de prestigio o de obtención de una educación superior— que tienen quienes no pueden esperar adquirirlos a través de la herencia social. El resultado sería un tanto diferente, puesto que las medidas de la movilidad no se encuentran completamente relacionadas, según ha argüido brillantemente el sociólogo sueco Gösta Carlson.<sup>7</sup> Pero, sea cuales fueren la definición, la medida o el procedimiento de análisis de la movilidad social que se escojan, hay implicaciones valorativas. La elección de uno de ellos requiere una inyección de valores diferente de la requerida por la elección de otro. Así, por ejemplo, en tanto que Carlson y Ripset y Bendiz demuestran, mediante un academismo cuidadoso, que no hay diferencias substanciales entre los países europeos occidentales y Estados Unidos de América en cuanto a tasas de movilidad de las ocupaciones manuales a las no manuales, e incluso dentro de la gerencia mercantil, sus hallazgos podrían resultar muy diferentes si fueran los desplazamientos en el poder, en el prestigio o en la educación los que proporcionaran la medida de la movilidad social. En un cierto sentido, al usar dicha medida, han *elegido* un camino: el de demostrar que Estados Unidos de América no es más móvil que otros países que “indebidamente”, se supone, presentan menos movilidad. Esto constituye una de las fuentes del fracaso de diferentes estudiosos en cuanto a llegar a resultados semejantes; fracaso que confunde tanto al lego que desea estar bien informado y que intenta leer los informes de diferentes estudiosos. Es fuente de auto-contradicción aparente en los escritos mismos de los sociólogos. Lipset y Bendiz, por ejemplo, tras otorgar mucha importancia al desplazamiento ocupacional, llegar al prestigio y señalan, de un modo casual, que “una persona puede ser móvil a los ojos de la sociedad sin cambiar de empleo” Debe entenderse que estas críticas de Lipset y Bendiz, que han escrito uno de los mejores libros sobre la movilidad social, se aplican igualmente bien a todos los estudiosos de la movilidad que no han especificado las premisas valorativas que han introducido en sus definiciones, medidas y procedimientos.

<sup>7</sup>Gösta Carlsson, *Social Mobility and Class Structure*. Hakan Ohlssons Boktryckeri, Lund, Sweden, 1958.

Puede proponerse un enfoque alterno para el estudio de la movilidad social. Puede llamársele el enfoque de "especificación valorativa", porque comenzaría precisando y especificando los valores sociales que los miembros de una sociedad desean alcanzar en sus vidas personales y en su estructura social. Si la movilidad social es percibida por la gente como "buena", se daría un paso importante en su estudio al determinar concretamente los valores que la gente espera encontrar asociados con ella. Esto implicaría, de inmediato, la ventaja científica de no dar por supuesto que la movilidad significa lo mismo en todas las sociedades y en todos los grupos dentro de una sociedad. Los criterios serán los valores de las personas mismas, y las comparaciones entre naciones y entre grupos podrían hacerse comparando el por ciento de personas que lograsen realizar sus valores. Así, por ejemplo, si en un grupo, el logro de cierto nivel de poder de compra representa la meta personal más alta, y en otro grupo el logro de un cierto nivel educativo representaría la más alta meta, el sociólogo no tendrá que hacer una elección arbitraria entre ellos, sino que simplemente, *comparará la proporción* de quienes hayan logrado cada una de esas metas en cada una de las dos sociedades correspondientes. Esto no significa que el sociólogo tenga que decir —necesariamente— que esos fines son igualmente buenos. Puede hacer un alegato o un estudio para mostrar que un grupo tiene una proporción mayor de gentes que son felices, mentalmente sanas, etcétera, que el otro grupo, aun cuando aproximadamente la misma proporción de cada una de ellas haya alcanzado su meta propuesta. Lo que importa aquí es que deben de hacerse explícitos los valores sociales.

La movilidad implica —por supuesto— cambio. De este modo, debe de darse otro paso, de acuerdo con nuestro enfoque. La proporción de las personas de un grupo dado que logra un valor social determinado —tal como las ocupaciones profesionales o directivas, la educación universitaria o el ingreso anual de tanto más cuanto— puede compararse a través del tiempo. Puesto que tales datos se encuentran más fácilmente disponibles que los de la comparación paterno-filial, permiten una medida más amplia y genuina de la movilidad. Incluso el criterio sutil del prestigio en la movilidad puede ser medido de modo aceptable a través de la frecuencia cambiante de las recompensas y reconocimientos públicos. Por los medios que sugerimos, la movilidad aparece relacionada siempre con la proporción total de quienes alcanzan una meta dada, y no nos enfrentamos a la situación absurda dentro de la cual se dice que un país tiene baja movilidad por el sólo hecho de que la mayoría de su población ya se encuentra ocupada en trabajos no manuales, siendo



así que es casi imposible tecnológicamente el que sea mayor el número de quienes estén empleados en dichas ocupaciones no manuales.

Hay un punto débil en el enfoque que hemos presentado aquí: la movilidad ascendente está mezclada, inextricablemente, con la movilidad descendente, y el sociólogo sólo puede obtener una medida *neto*. La técnica de la comparación paterno-filial evita esto, en cuanto el número de aquellos hijos que han pasado a ocupar las que se consideran como ocupaciones inferiores puede recogerse en la misma forma que el número de quienes han logrado una ocupación superior. Pero, el enfoque de “especificación valorativa” ofrece un sustituto que puede ser aceptable para algunos. Justamente en la misma forma en que los valores positivos se miden preguntando a un grupo de personas qué es lo que desean para ellas mismas (o qué es lo que las haría felices, u otra pregunta parecida, en la misma forma, los valores negativos pueden medirse si se le pregunta a la gente qué es lo que más le gustaría *evitar* (entre las cosas evitables que podrían listarse). Las respuestas probablemente se referirían no sólo a las variables tradicionales de la posición baja (como el bajo ingreso, el bajo prestigio o el poco poder) sino también a otros valores negativos que podrían ser justamente tan importantes como esos en la cultura estadounidense. Podríamos arriesgarnos a adivinar señalando que éstos podrían incluir: el alcoholismo, la afición a las drogas, la pérdida del trabajo, la pérdida de la posibilidad de decidir en muchos asuntos en los que “el hombre libre hace sus propias elecciones” Algunas de estas cosas son medibles mediante índices indirectos, y una tendencia a incrementar la proporción de gentes que experimentan o sufren alguna o todas ellas constituiría una medida de movilidad descendente.

En procedimiento como el de la especificación valorativa no es sólo más fácil de comprender por parte del lego sino que, también lo es para el sociólogo. La implicación valorativa de la definición, la medida y el procedimiento, se proponen desnudamente y, por tanto, estarán ausentes las implicaciones valorativas ocultas, propias de los enfoques acostumbrados de la movilidad social —como las que mencionamos anteriormente— y no desviarán al investigador. Así, por ejemplo, si la proporción de los trabajos deseables no estuviese aumentando en una sociedad, aun cuando personas cuyos padres no los hubiesen alcanzado pudieran lograrlos a causa de purgas políticas o exterminaciones en masa, esto no podría contarse como movilidad social desde el ángulo individual. La movilidad social ascendente se mediría, así, como el por ciento de *nuevas* oportunidades deseables, creadas por la sociedad. El

sociólogo estudia la movilidad porque piensa que la movilidad social ascendente es algo bueno (o algo malo, pues esto no importa), o porque sabe que el público, en general, piensa que es importante. Pero tiende a evitar admitir esto en cuanto le está preocupando si es o no objetivo o si está resultando o no controvertible lo que dice desde el ángulo de la opinión pública. Evita la especificación valorativa y gana, con ello, una especie de pseudo-objetividad, al elegir un enfoque como el que consiste en medir la movilidad social a través de la comparación de las ocupaciones de padres e hijos. Muchos valores logran ocultarse en el concepto y en el procedimiento de investigación. Si la movilidad social ascendente es algo bueno (o algo malo) parece que la forma más objetiva de medirla sería en términos de una especificación concreta de qué son las cosas buenas (o de qué constituye las cosas malas). La implicación plena de los hallazgos podría recogerse rápidamente tanto por el sociólogo como por el lego que leyese sus informes.